

¿Quién soy para dejar de ser lo que son todos?

Elena Poniatowska

A diez años de su muerte, Jaime García Terrés (1924-1996) sigue siendo uno de los poetas y difusores de la cultura más importantes de la segunda mitad del siglo XX en nuestro país. Su rasgo distintivo fue la generosidad, como lo muestra su trayectoria académica y personal. Dirigió revistas como México en el Arte, El espectador, Biblioteca de México, la Revista de la Universidad de México hasta organismos medulares como Difusión Cultural de la UNAM y el Fondo de Cultura Económica. Su obra poética estuvo marcada por una sabia mezcla de rigor y emoción. Elena Poniatowska, Guillermo Sheridan y Hugo Gutiérrez Vega se sumaron, el pasado 25 de abril, al homenaje que nuestra máxima Casa de Estudios rindiera al poeta mexicano. Nuestra revista se complace en publicarlos como un reconocimiento a uno de sus grandes directores.



Jaime García Terrés a los pocos meses en brazos de su madre, 1924



En su juventud, ca. 1939

Jaime García Terrés murió antes de tiempo, antes de que le tocara, antes de que pudiéramos reponernos del mazazo en la cabeza, el 29 de abril de 1996 a los setenta y dos años. Gran impulsor de vocaciones, extraordinario promotor y humanista al estilo de Alfonso Reyes, su maestro, nunca estuvo mejor Difusión Cultural de la UNAM que bajo su dirección. ¡Entonces sí tocaron todos los carrillones! ¿Por qué? Porque dejaba hacer. Creía en los demás y les daba la misma libertad que pedía para sí mismo. Claro que los demás eran también excepcionales, Jorge Ibarguengoitia, Cristina y José Emilio Pacheco, Rosario Castellanos, Enrique González Casanova, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Carlos Fuentes, Tito Monterroso, Manuel Calvillo, Tomás Segovia, Salvador Elizondo, Inés Arredondo, Juan Vicente Melo, Margarita García Flores, Juan García Ponce, Juan Martín, Leonora Carrington, Remedios Varo, Juan Soriano, Luis Villoro, Ricardo Guerra, Elena Garro, Carlos Monsiváis, Jorge Portilla, Sergio Pitol, Emilio Carballido, Luisa Josefina Hernández, Alejandro Rossi, Vicente y Albita Rojo, Julieta Campos y Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea, Emilio García Riera, Max Aub, Carlos Valdés, Manuel Felguérez, Juan José Gurrola, Héctor Mendoza y tantos más que entraban y salían del undécimo piso de la Torre de Rectoría como “Pedro por su casa”. ¡Nadie más alejado de la burocracia que Jaime García Terrés!

Del Jaime promotor se ha hablado en distintas ocasiones, del estallido de fuerza e inteligencia que fue Poesía en Voz Alta, de la colección Voz Viva de México,

de la *Revista de la Universidad*, de *La feria de los días*, de la dirección de “México en la cultura” compartida con Fernando Benítez, de su gestión al frente del Fondo de Cultura Económica, de sus columnas literarias como “Litoral”, de *Reloj de Atenas*, el libro que tanto le gustó a Paz y a Zaid. Gabriel Zaid festejó al García Terrés ensayista y descubrió algo aún más importante, que Jaime siempre fue lo que quiso ser.

Pero quisiera recordar al Jaime poeta, el que soñó con Grecia y cumplió su deseo de vivir en ella, el que se encerraba en su biblioteca con el consuelo de sus amados libros y se protegía tras ellos de la traición del amigo; Jaime el que se compadecía de aquellos que pueblan “con pequeña desventura la débil almohada”; Jaime el que vivía entre la alarma y la compasión; Jaime el cercano a Ezra Pound, a la infinita cultura de sus Cantos, al latín, al griego clásico y al de todos los días, al francés y al italiano, al alemán y al chino mandarín, al coro de las aves de Clément Jannequin, al laúd de Francesco da Milano.

Hoy, en que vivimos en una atmósfera enrarecida por el miedo, sería bueno volver a la experiencia poética de Jaime García Terrés, rigurosa, delicada, escrupulosa, atenta al otro, incapaz de avasallar y mucho menos de herir; una poesía que se convirtió en una continua pregunta. Jaime creía en los demás y esperaba su respuesta. ¿Se la dieron? García Terrés hacía votos de humildad y aclaraba que él también andaba perdido, se desconcertaba cuando le pedían datos personales o lo llamaban a secas por su nombre. Alguna vez se preguntó:

¿Quién soy para dejar de ser lo que son todos,
para ya no pensar comunes pensamientos,
para salvarme de las trampas
por otros como yo dispuestas?
¿Quién soy yo para reírme del miedo general!

En un país como el nuestro, Jaime amanecía al desencanto, “como quien llega de muy lejos”, porque en efecto él mismo llegaba de otras provincias del aire, nunca creyó en las frases hechas, nunca habló por hablar, escuchaba tras el humo de su pipa las largas oraciones sacadas del periódico, los pensamientos inertes y reiterativos y de repente uno se daba cuenta que él sabía mejor que nadie que sus interlocutores habían abdicado de la inteligencia. Él nunca abdicó y por ello mismo sufrió y supo lo que significa quedarse solo. Su opinión sobre la humanidad no era optimista y sin embargo, ¡cómo quería a los demás Jaime García Terrés! Celia, su mujer, acendró este amor como lo acendrarón sus tres hijos: Alonso, Ximena y Ruy. Entre muchos otros lo atestigua su poema “Pequeño réquiem por el acuario”. Cuando Jaime ve flotar en la “vacilante conjuración del agua” diez o quince cadáveres, la pecera enturbiada, parte central de la casa, y se pregunta qué les dirá a los niños, cuál será su azoro, hoy domingo “todos muertos por alguna razón o por ninguna”, y se acongoja porque “tendremos que pescar sus restos con el brazo desnudo, brindándoles al fin un tacto mínimo”, el lec-

tor alcanza la medida de su conmoción. Y utilizo la palabra “conmoción” porque es una palabra de Pound.

Con razón en Atenas, Ezra Pound quiso hablar con García Terrés. Tal vez haya recordado que cuando nadie lo leía en México, Jaime lo tradujo y le escribió deslumbrado por su poesía. A lo largo del tiempo se empeñó en mantener esa relación incluso mientras Pound estuvo recluido en el hospital St. Elizabeth's.

Su encuentro con Ezra Pound en el *lobby* de un hotel ateniense fue uno de los mejores acontecimientos de su estancia en Grecia. Ezra Pound se sentó junto a Jaime “mirando dulcemente al infinito” y al final de la conversación, cuando se despidieron y Jaime le deseó paz, (Pax Mundi escribió Pound en sus “Cantos”) el poeta norteamericano le respondió al mexicano con unas palabras que habrían de marcarlo: “¿De qué sirve mi paz, si los demás quieren sólo pelea?”. Más tarde Jaime vio en ellas la sombra de una idea que quedó plasmada en el Canto CXV de Pound:

La noche bajo el viento entre garofani,
los pétalos están casi quietos
Mozart, Linneo, Sulmona,
cuando los amigos de uno se odian,
¿cómo podrá haber paz en el mundo?

(Por si alguno de ustedes quisiera precisarlo los *garofani* son claveles.)



Con Mercedes de Oteyza, Juan García Ponce y Juan Soriano, 1964



Con Socorro Chávez de Soberón y Elena Poniatowska, 1994

¿No resulta certero leer a García Terrés precisamente en este momento? Jaime unía su capacidad crítica y autocrítica a su destreza poética y le fue difícil ajustarse al acartonamiento del mundo diplomático. Indudablemente su estancia en Grecia lo marcó de manera imborrable. Vivió el dolor del golpe de estado de 1967, el sufrimiento de sus amigos intelectuales bajo la Grecia de los gorilas, el de los poetas a los que tradujo porque desde joven Jaime admiró no sólo a Gilberto Owen sino que tradujo a los griegos: a Elytis, Kavafis, Sikelianos, Seferis y Embirikos. También hizo versiones de William Blake, William Carlos Williams, Ezra Pound por supuesto, T.S. Eliot, ee. Cummings, Harold Pinter, Sylvia Plath y Seamus Heaney. Del francés tradujo a Victor Segalen, a Henri Michaux, del italiano a Eugenio Montale, y del alemán a Hegel, Novalis y Hugo von Hofmannstahl.

En su *Reloj de Atenas* Jaime escribió que el día en que dejara Grecia “rumbo a otros purgatorios”, sus tres años griegos pasarían a ser una porción de sí mismo.

Creo conocerme lo suficiente: mi destino es el de mi personaje condenado, quiéralo o no, a sufrir la trama; no el de un espectador que aguarda desde el margen con imperturbable sangre fría el momento de aplicar la lente o el escalpelo.

Seguramente, los ideogramas chinos de Ezra Pound en sus “Cantos” guiaron a Jaime García Terrés hacia sus setenta y dos años de vida. Seguramente supo, como en el Canto LXXXI, que lo que uno bien ama perdura: lo que tú bien amas no te será retirado, de lo que tú bien amas, no te van a privar, lo demás es basura, escoria, lo que tú bien amas es tu verdadera herencia; o para decirlo en palabras de Pound que desde luego Jaime jamás habría traducido como lo hago ahora:

*What thou lovest well remains,
the rest is dross
What thou lov'st well shall not be reft from thee
What thou lov'st well is thy true heritage.*

En un país como el nuestro, Jaime amanecía al desencanto, “como quien llega de lejos”, porque él mismo llegaba de otras provincias del aire.